

“Educación popular”. Una interesante conferencia de la señorita Lucila Godoy. La noche de las proletarias

Autor:	Eduardo Mancini*
Filiación institucional:	Escuela de Portugués, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario
Correos electrónicos:	xemancini@yahoo.com.ar

Historia del artículo

Recibido: 17 de junio de 2022 | Aprobado: 29 de noviembre de 2022

Gabriela Mistral arribó a Punta Arenas en 1918 para dirigir el Liceo de Señoritas local. Desde ese espacio interpeló a todos los sectores de la sociedad, buscando mejorar las condiciones de sus alumnas. Proyectó arreglos para el local escolar, propuso vacaciones de invierno, procuró brindarles desayunos y atención odontológica, y decidió abrir una escuela nocturna para obreras, tema de su conferencia de septiembre de 1918, que publicó *El Magallanes* bajo el título “Educación popular”. Esta pieza pertenece al nutrido y disperso corpus de escritos que revelan su pensamiento social. Entre las varias líneas que allí desarrolla nos interesa poner el foco en el cruce entre las condiciones de género y de clase de sus alumnas, donde la maestra elquina anticipa lo que, un siglo después, las teorías feministas definirán como “interseccionalidad”.

Asomémonos al escenario del extremo sur magallánico que, en 1918, recibió a Gabriela. Punta Arenas, con sus 20 mil habitantes de las más diversas procedencias, constituye una pequeña urbe industrial con establecimientos ganaderos, frigoríficos, puerto, talleres, comercios y escuelas. El que sierra la madera y el que empuña las tijeras en la esquila, el rompedor de piedras y el que descarga fardos en los malecones, el que va a la mina o a la pesca y el que atiende la taberna, comienzan a reconocerse como clase a partir del yugo común en una extensa jornada laboral, el hambre siempre amenazante,

* Eduardo Mancini es maestro de Música y profesor de Portugués en escuelas primarias y secundarias de Rosario, Argentina. Es compilador, junto a Mariana Caballero, de la obra *Maestras argentinas (y maestros y maestras). Entre mandatos y transgresiones* (Centro Cultural La Toma Ediciones, Asociación Civil Inconsciente Colectivo, Cooperativa de Pensamiento Margarito Tereré, 2020/2021).

los cuerpos cansados y las sombrías moradas donde se precipitan por las noches a recuperar las fuerzas perdidas. Ya han erigido la Federación Obrera, realizado huelgas memorables y obtenido un convenio que establece las ocho horas de trabajo. Revelan estos proletarios una inquietud por su instrucción, el deseo de discernir la palabra escrita para mejor comprender la nueva realidad, para aprehender la novedad científica que los torne más capaces, para intercambiar cada voz con la de sus iguales. Como las horas de sol corresponden al patrón, deciden robar al sueño nocturno el tiempo para instruirse: nace la Escuela Nocturna Popular. En esa noche de los proletarios “se prepara, se sueña, se vive ya lo imposible: la suspensión de la ancestral jerarquía que subordina a quienes se dedican a trabajar con sus manos a aquellos que han recibido el privilegio del pensamiento”¹.

Es tal la afición de los obreros por su escuela que en sus desfiles callejeros suelen detenerse ante su sede y saludar a sus cófrades aprendientes. El alumno Antonio Martínez pone en versos ese sentimiento:

“Oh escuela propagadora
de luz al proletariado,
tu ambiente está embalsamado
por la ciencia bienhechora.

Das cariñosa instrucción,
al que en el día a ganar,
va el sustento de su hogar
sin dejar su obligación”².

¿Y las obreras? Ellas también se han sumado al paisaje industrial: lavanderas, planchadoras, costureras, domésticas, maestras, conforman casi un tercio de la fuerza laboral. En 1912, las obreras de la Lavandería Modelo van al paro después de tres meses sin percibir salario, protagonizando “la huelga de las pizarras”, a la que se unen otras mujeres del pueblo, en protesta por los precios de los alimentos. Desde 1906, funciona el Liceo de Señoritas, pero las que trabajan no pueden asistir. Entonces, llega Gabriela Mistral, con su ofrenda educativa para la noche de las proletarias.

¹ Jacques Rancière, *La noche de los proletarios*. Archivos del sueño obrero (Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones, 2010), 20.

² Manuel Luis Rodríguez, *Colonos, gañanes y peones*. Historia del trabajo y los trabajadores en Magallanes y la Patagonia (Punta Arenas, 2004), 430.

En su discurso, Mistral reprende la inacción estatal y los privilegios patriarcales:

“[L]a inmensa cantidad de mujeres que no recibieron los beneficios de la obligación escolar, queda al margen de esta era nueva. El Estado, al no abrir para ellas clases nocturnas, las declara tácitamente condenadas a no incorporarse jamás en las actividades humanas más nobles. Es una fatalidad monstruosa”.

Destaca, en contrapartida, el esfuerzo de la población local, cuya Sociedad de Instrucción Popular proporciona el salón para la escuela nocturna. Mistral propone crear una biblioteca, con una sección infantil y otra popular: “La primera servirá a las alumnas del liceo mismo y la segunda a las obreras que asisten a los cursos nocturnos”³.

El pensamiento social de Mistral se venía forjando desde antaño. Pese a su renuencia a proclamarse feminista, compartía con estas tanto su maternalismo como el reclamo de instrucción femenina, tal como se manifiesta en “La instrucción de la mujer”, texto que publicó a los 17 años en *La Voz de Elqui*:

“Instruir a la mujer es hacerla digna y levantarla. Abrirle un campo más vasto de porvenir, es arrancar a la degradación muchas de sus víctimas. (...) habrá así menos sombra en esa mitad de la humanidad. Y más dignidad en el hogar”⁴.

Su identificación con los humildes se remonta a la infancia, a la casa de adobe con “su madre inclinada horas y horas sobre la costura para ganar el pan” y su hermana Emelina, que “debía trasladarse a caballo” varios kilómetros para ejercer como maestra⁵. Alrededor, entre los cerros y el río, humildes familias campesinas laboraban las viñas, higuerales y duraznales.

La mirada “interseccional” de Gabriela la hizo poner distancia del feminismo chileno de esos años. En su artículo “Organización de las mujeres”, publicado en *El Mercurio* en 1925, refiere su respuesta a Amanda Labarca ante la invitación a formar parte del Consejo Nacional de Mujeres:

³ Carola Sepúlveda Vásquez, “‘La tierra a la que vine no tiene primavera’. Gabriela Mistral en la Patagonia chilena”, *Revista Mexicana de Historia de la Educación* II, nro. 3 (2014).

⁴ Gabriela Mistral, *Lucila Gabriela: La voz de la maestra*, comps. María Isabel Orellana Rivera y Pedro Pablo Zegers Blachet (Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Museo de la Educación, 2008), 56.

⁵ Marta Elena Samatán, *Gabriela Mistral. Campesina del Valle del Elqui* (Buenos Aires: Instituto del Libro Argentino, 1969), 69, 79.

“[lo haría] con mucho gusto, cuando en el Consejo tomen parte las sociedades de obreras, y sea así, verdaderamente nacional, es decir, muestre en su relieve las tres clases sociales de Chile. (...) La clase trabajadora no puede alcanzar menos de la mitad de representantes en una asamblea cualquiera; cubre la mitad de nuestro territorio, forma nuestras entrañas y nuestros huesos. Las otras clases son una especie de piel dorada que la cubre. (...) Si la clase alta se siente extraña al pueblo por sus costumbres, la media no lo siente menos extraño por su ignorancia. (...) Santa ronda nacional de mujeres sería esa en que la mano pulida coja la mano prieta, y la aparadora de zapatos escuche, de igual a igual, a la maestra, y la costurera diga a la patrona cómo van viviendo ella y sus tres hijos con su salario de tres pesos”⁶.

Dos años más tarde, desde Fontainebleau, Francia, en una carta al maestro argentino Julio Barcos, critica a ciertas maestras:

“Yo conozco en ellas especialmente el renegamiento de su clase, la vergüenza de venir del pueblo, el olvido de toda solidaridad con su carne, el ningún sentido de clase, la indiferencia absoluta para los problemas obreros que tienen tanta relación con la escuela”⁷.

Su estadía en México la llevará a incorporar un nuevo sujeto a su discurso social: los pueblos indígenas de Nuestra América. Una vez más, la escuela nocturna será el medio adecuado para su instrucción:

“Allí tuve yo la alegría de aprender que ha sido una vieja y malhadada superstición aquello de que el indio americano padece de una incapacidad intelectual irredimible. (...) Vi sobre todo la sed de leer, de escribir, recitar, danzar y cantar, que posee el pueblo indígena. La alfabetización iba de mes en mes liquidando centenares de analfabetos. Esas escuelas nocturnas (...) eran también el desagravio a una raza entera, la indígena, y eran además una escuela de civilidad.

⁶ Gabriela Mistral, “Organización de las mujeres”, diario *El Mercurio* (1925). <https://lapollera.cl/organizacion-mujeres-gabriela-mistral/>.

⁷ Julio R. Barcos, *Cómo educa el Estado a tu hijo y otros escritos* (Gonnet: Universidad Pedagógica Nacional, Editorial Universitaria, 2013), 266.

El analfabetismo retrocedía a ojos vistas de zona a zona rural: un segundo México nacía”⁸.

Gabriela Mistral dirigió el Liceo de Señoritas de Punta Arenas y sus cursos nocturnos para obreras apenas un par de años: en abril de 1920 dejó la tierra que no tiene primavera para seguir nuevos rumbos. Estancia corta, pero prolífica: si los versos de su libro *Desolación* nos acercan los requiebros que anidan en su recóndito ser, textos como “Educación popular” nos ayudan a introducirnos en su complejo pensamiento social. Nos alejamos así, una vez más, de la versión edulcorada e inocua que se quiso dar de esta maestra, para encontrarnos con su claro compromiso pedagógico con los sectores humillados de la sociedad.

⁸ Mistral, *Lucila Gabriela*, 172.

REFERENCIAS

- Barcos, Julio R. *Cómo educa el Estado a tu hijo y otros escritos*. Gonnet: Universidad Pedagógica Nacional, Editorial Universitaria, 2013.
- Mistral, Gabriela. “Organización de las mujeres”. *Diario El Mercurio* (1925). <https://lapollera.cl/organizacion-mujeres-gabriela-mistral/>.
- Mistral, Gabriela. *Lucila Gabriela: La voz de la maestra*, comps. María Isabel Orellana Rivera y Pedro Pablo Zegers Blachet. Santiago: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Museo de la Educación, 2008.
- Rancière, Jacques. *La noche de los proletarios*. *Archivos del sueño obrero*. Buenos Aires: Tinta Limón Ediciones, 2010.
- Rodríguez, Manuel Luis. *Colonos, gañanes y peones. Historia del trabajo y los trabajadores en Magallanes y la Patagonia*. Punta Arenas, 2004.
- Samatán, Marta Elena. *Gabriela Mistral. Campesina del Valle del Elqui*. Buenos Aires: Instituto del Libro Argentino, 1969.
- Sepúlveda Vásquez, Carola. “‘La tierra a la que vine no tiene primavera’. Gabriela Mistral en la Patagonia chilena”. *Revista Mexicana de Historia de la Educación* II, nro. 3 (2014).

EDUCACIÓN POPULAR

La interesante conferencia de la señorita Lucila Godoy

Para ser perdonada de las torpezas de esta conversación —porque es eso y no una conferencia—, me bastará decirles que es la primera vez que accedo a hablar en público. Hay pecados de sentimiento, y este es uno de ellos. La razón presenta con fría desnudez nuestra incapacidad, pero la ola cálida del sentimiento arrastra. Ya lo dijo Teresa de Ávila: “De la abundancia del corazón habla la boca”. Yo vengo a hablar por amor, antes que por ciencia, de la Enseñanza Popular y quiero dar a Uds. no un seco cuadro estadístico, sino la emoción de este problema.

No pretendo hacer cátedra ni creo traer cosas nuevas a esta conversación. Las viejas verdades pedagógicas son como las del Evangelio: todos las conocemos, pero deben ser agitadas de cuando en cuando, para que exalten los ánimos como el flamear de las banderas y para renovar su generoso hervor dentro de nosotros. Verdades conocidas pero aletargadas, son verdades muertas, fardo inerte. Los maestros hemos de ser en los pueblos los renovadores del fervor, respecto de ellas. No tenemos derecho, a pesar de las indiferencias que conocemos y de las incomprensiones que nos han herido, a dejar verdades que se enmohezcan en los demás. Somos los que hacemos su guardia a través de los tiempos. Si no tenemos la elocuencia, tengamos la buena voluntad, ese oro de los pobres, con el cual puede hacerse tanto en el mundo.

La Sociedad de Instrucción Popular abre unos cursos nocturnos de mujeres, y esto es de una inmensa significación para nuestra ciudad. Se trata de la primera escuela de tal índole que habrá en provincias. Es una honra para el grupo de mujeres que busca más amplitud de horizontes y muy principalmente para la institución que recoge la voz de los humildes y no mide la magnitud del esfuerzo, por medir la magnitud del servicio.

Una ordenanza de instrucción primaria obligatoria ensayada por algunos municipios consigue ya llevar a las Escuelas Públicas a todas las niñas del pueblo. Se está labrando con esto, como un bloque de oro, el futuro de Chile, un hermoso futuro; se está asegurando la cultura de las masas de mañana; pero la inmensa cantidad de mujeres que no recibieron los beneficios de la obligación escolar, queda al margen de esta era nueva. El Estado, al no abrir para ellas clases nocturnas, las declara tácitamente condenadas a no incorporarse jamás en las actividades humanas más nobles. Es una fatalidad monstruosa. En cambio, las escuelas nocturnas de hombres están desparramadas a lo largo de todo el país. Esta vez, como siempre, se cae en el absurdo de levantar el nivel de un solo sexo. Reformas parciales de tal índole no pueden conseguir la renovación de todo un ambiente, no mudan el alma nacional.

Las mujeres formamos un hemisferio humano. Toda ley, todo movimiento de libertad o de cultura, nos ha dejado por largo tiempo en la sombra. Siempre hemos llegado al festín del progreso, no como el invitado reacio que tarda en acudir, sino como el camarada vergonzante al que se invita con atraso y al que luego se disimula en el banquete por necio rubor. Más sabia es su inconsciencia, la naturaleza pone su luz sobre los dos flancos del planeta. Y es ley infecunda toda ley encaminada a transformar pueblos y que no toma en cuenta a las mujeres. No se crea que estoy haciendo una profesión de fe feminista. Pienso que la mujer aprende para ser más mujer. El perfeccionamiento de una especie la afina sin hacerla degenerar, cuando es bien dirigido. Así las rosas de los invernaderos son, por su delicadeza insigne, más rosas que las del campo. La mujer culta debe ser, tiene que ser, por lo tanto, más madre que la ignorante. A la fuerza del instinto suma la fuerza enorme del espíritu; agranda su alma para el amor de los suyos, adquiere armas nuevas para defenderlo de la vida; ella enciende su lámpara para alumbrar por el camino, más que el propio paso, el de los seres de su carne. Y si la instrucción femenina no para en esta flor de perfección, será, incuestionablemente, que fue mal dada o mal recibida. Si en vez de dar sencillez, da petulancia es que fue cultura epidérmica y el remedio no es suprimirla, es ahondarla, es cavarla incansablemente...

Decía que el Estado, por carecer de recursos para resolver el problema que nos ocupa, se ha debido desentender de él. Los particulares entonces echan sobre sí esa carga de deberes. Hermoso gesto, digno de la hora democrática que está viviendo el mundo. Cuando se ve un grupo de hombres que, sin ser maestros ni legisladores, sacrifican tiempo y dinero en una obra así, no es extraño que, por un movimiento instintivo e incontenible del corazón, nosotros, los maestros, nos acerquemos para decirles nuestra congratulación calurosa y pedirles un pequeño, un mezquino, lote en la obra.

¡El perfume del surco llama al sembrador!

La Sociedad duplica sus gastos con esta escuela, sin duplicar sus entradas. Espera que la simpatía vaya atrayendo amigos. Todos querrán ayudarnos porque haremos una obra de bien indiscutible y de honradez transparente. Y querrán ayudarnos también porque es un bien común.

Tengo de la beneficencia un concepto que difiere del corriente. Creo que el dinero con que cooperamos a las sociedades de caridad nos beneficia tanto o más que el que destinamos directamente a la satisfacción de las propias necesidades. No se diferencian en nada la contribución de haberes, que costea nuestra policía y nuestros servicios higiénicos, y la colecta de caridad que costea un asilo. Si una dama nos pregunta en qué beneficia una escuela de obreras, le contestaremos: cuando hayamos logrado a la larga reunir allí a todas las mujeres ignorantes del pueblo, renovaremos el ambiente espiritual de una clase entera. Tal renovación eleva todo el valor de la vida,

trae como más dignidad, como más sol y hermosura al mundo. Diríamos a la dama que el aya de su hijo o la mujer que vela a su cabecera cuando ella está enferma, ejecutando los mismos pequeños actos cotidianos, pondrá en ellos un alma nueva, un perfume de delicadeza, un temblor de sentimiento que antes no tuvo, una conciencia más profunda de su misión. Y no se nos diga que la mujer humilde no necesita de instruirse para alcanzar hasta las cimas morales de abnegación. Conozco las almas maravillosas que ha sacudido el destino como una sarta de estrellas en la clase humilde; he visto tal vez los ejemplares más puros de la humanidad nacer, desarrollarse sin estímulo en un ambiente inauditamente hostil; pero sé también que cuando la naturaleza no pone en los hombres la virtud fácil como pone el perfume en la flor, sólo la educación es capaz de crear el sentimiento y tatuar los deberes en la mitad del pecho humano.

A todos nos mancha un mundo imperfecto e injusto. El patio pestilente de una vecina echa en el viento hacia el nuestro sus emanaciones y, de igual manera, la grosería de la servidumbre enturbia la inocencia de nuestras hijas y la canción impura que va un ebrio entonando por la calle desgarrá para siempre la pureza de vuestro niño pequeño. En cada zarza que quebramos, en cada charco que cubrimos, defendemos nuestra carne, limpiamos nuestro aire. El corazón purificado de la mujer más humilde es como el balcón florido que derrama su aroma sobre el viento y va hacia todos.

He hablado especialmente de mujeres del pueblo; nuestra matrícula tiene también varias de la clase media. La asistencia común a una escuela como la asistencia común a un templo de gentes de distinta condición no degrada a nadie, porque la escuela es la negación de las castas si es cristiana de verdad y si educa mujeres de una república de verdad también.

Quiero agregar unas palabras sobre un prejuicio muy esparcido acerca de la instrucción de la mujer pobre. Hay una creencia de que la cultura siquiera mediana no hace otra cosa que crearle pretensiones y hacerla una especie de mico, por la imitación grotesca de las clases altas.

Pero, ¿acaso no existe en la clase media esta misma imitación infantil respecto de la aristocracia y no existe aún entre los diversos grupos de la misma aristocracia entre sí?

Todo es susceptible de transformación de las costumbres como en la naturaleza. La fiebre de imitación ha comprendido hasta hoy sólo las modas. La mujer del pueblo imita grotescamente, es cierto, los figurines de la dama; pero está en los mismos vicios el camino hacia la virtud, para el ojo sutil del observador. No se ha dicho a la mujer del pueblo en qué consiste la verdadera superioridad que suelen tener las clases altas.

El valor de la mujer aristócrata sobre la del pueblo cuando ésta no es de un tipo de selección, consiste en el concepto más elevado que aquélla tiene

de la educación de los hijos, en la visión más alta que suele poseer de la vida, en la comprensión que una cultura sutil le ha dado de la belleza artística, en la suavidad de maneras, en la disciplina de las pasiones.

Y no se crea que estoy dando juicios absolutos sobre la mujer de sociedad; tomo un tipo superior de su clase, digo lo que suele ser lo que debiera ser.

Quizás de entre las mujeres que acuden a nuestra escuela, mujeres ya formadas con hábitos y prejuicios fuertes, muy pocas realicen la transformación espiritual que he pintado tal vez con exageración. ¡No importa! Yo no soy una optimista ni creo que sólo un optimismo febril sea capaz de sostener a los que luchamos. Cuando echo mi grano no pienso en un trugal inmenso que se levantará del polvo; pienso solamente que mi grano dará una espiga rubia. ¿Para qué pedir más? Que mis hermanos obtengan otras y tendremos pronto una gavilla.

La prisa es pura soberbia. Empezamos con una escuela de tres cursos y una matrícula de 40 alumnas, bien poco para un colegio común, harto, demasiado para un ensayo como el que hacemos. La impaciencia recata casi todas las empresas al nacer una orgullosa impaciencia que quiere iniciar la obra en la mañana y sonreír a un monumento al caer la tarde. Y toda la obra humana tiene la gestación de la perla, la pequeña y milagrosa perla se forma con dolor y lentitud, el dolor del esfuerzo, el dolor de la incompreensión y el de la falta de elementos, siempre el dolor, y con la lentitud de la rosa que se abre pétalo a pétalo. Si la flor tuviera esta ansia nuestra de llegar al éxito en un solo día, la desalentara la pereza con que crecen sus yemas, renunciaría a abrirse y los hombres no gozaríamos cada septiembre de una maravillosa primavera.

Dije por allí que ensayaríamos. Otro pecado nuestro es el de pretender cosas definitivas al primer soplo de esfuerzo. Hay que vivir los programas, suprimir, agregar constantemente, poner la humildad del ensayo en cada plan, pedir y aceptar las luces de todos los que pueden darlas y no conceder a nada valor definitivo, porque la naturaleza misma, obra de Dios, se rectifica en todos sus organismos al aunarlos y, conservadora del conjunto, lima los detalles con un ansia viva de perfección que le viene también de su divino dueño.

La enseñanza en esta escuela será absolutamente práctica. No vamos a robar a la obrera el descanso de sus noches para darles, en cursos interminables, quintaesencias de conocimientos. Una escuela nocturna no puede darse el lujo de formar cultura profunda, científica ni literaria. Se desnaturaliza si amplía demasiado su programa e invade el terreno de la enseñanza diurna.

Hay hoy en Chile una poderosa corriente pedagógica que pide con una justificada angustia que se transforme en institutos prácticos la mayoría de nuestros colegios y converjan hacia este vértice único los estudios de índole utilitaria. Hemos cometido el inmenso error de hacer de los estudios literarios el centro de toda la enseñanza. Tales estudios son lujo para especialistas

y los programas de enseñanza, como las leyes de un país, deben consultar las necesidades de las mayorías. La masa de un pueblo necesita capacitar, en breve tiempo, a sus hombres y a sus mujeres para la lucha por la vida. Hemos tenido la monstruosidad de enseñar durante 50 años los mismos programas con sólo variantes pequeñas. Durante este período de tiempo, enorme en relación con los progresos febriles de la época, se han dictado leyes que han cambiado la faz espiritual de la nación; han nacido nuevas ciudades y se han transformado las antiguas, y la enseñanza, que debe iniciar las renovaciones, se ha quedado tras de todas ellas. No es que hayan faltado grandes maestros, ni que la instrucción haya sido insuficiente; nuestros educadores son gloria americana y la instrucción dada ha sido tal vez excesiva; fue el rumbo el erróneo; no ha mirado nuestra educación a las realidades de su tiempo, ha pecado de *libresca*. No podemos decir que de idealista; la erudición, el recargo intelectual, no llevan al idealismo bien entendido, secan y fatigan el alma del niño nada más.

La guerra, a la que debe tantos bienes América, como heridas mortales Europa, ha venido a convencer a los ideólogos pertinaces de la necesidad apremiante de variar rotundamente los rumbos, y la reforma va a venir, se está ya haciendo; el primer puñado de simiente lo arrojó sobre el campo una celebrada y hermosa circular del Ministro Aguirre Cerda. Chile, lo hemos visto, puede ser un gran país industrial. Y el Chile de las industrias, como el Chile de la grandeza histórica, debe salir de los colegios.

Yo admiro los países fabriles. Son las naciones ricas y la riqueza de un país es un verdadero valor espiritual. En el peligro, dispone de todos los recursos para la defensa, y en esa hora suprema, sus millones no son el río turbio de lodo y de sangre que han insultado los poetas y los profetas; se ennoblece, trasmutándose en escudo que cubre a todos, en resistencia larga, en triunfo y por fin, en gloria eterna. Y en la paz, es ese mismo país rico el que lleva los más altos sabios a sus Universidades y los insignes artistas a sus Museos. Como el médico deriva del cuerpo sano tanto como del alma las virtudes de un hombre, de igual modo el historiador derivará del deshago económico nacional, las flores más puras de la civilización y los éxitos guerreros de un país.

Todos los valores han cambiado en esta época nuestra, desconcertante hasta lo inaudito, y es necesario comprender que los dones del espíritu solos no salvan ni a un hombre ni a un país, y que es preciso, a la vez que afinar la sensibilidad del niño, haciendo pasar sobre su corazón el aroma del Evangelio, adiestrar sus manos, sus pequeñas manos que en esta hora han de ser duras y ágiles, sobre la masa quemante y revuelta de la vida.

Debemos, pues, dignificar la enseñanza manual en diarios, conferencias y hasta en el arte, y poner en torno de ella la aureola de grandeza que le

da esa epopeya viva que es la industria moderna. Porque en verdad, estamos viviendo la Iliada de las máquinas, y ni los idealistas más absolutos, ni los poetas, tienen derecho a motejar de grosero un progreso que, por sus mismas proporciones inauditas encarna la belleza, al encarnar la maravilla, y pone la oda no sólo en el libro, sino en toda la tierra.

La difusión de la enseñanza práctica será en breve, por la oportunidad del momento económico y por la conciencia que de él tiene nuestro primer mandatario, asunto de estudio y de realización inmediata en la ciudad.

Recuerdo que el señor Gobernador del Territorio llevaba a Santiago en su último viaje la petición de una Escuela Profesional de Niñas. La penuria del presupuesto no permitió esa creación para 1918. Vendrá luego, y si el Estado tardara, el Municipio se pondrá a la obra sin duda alguna, porque tal vez no haya otro pueblo en el país en que la Municipalidad tenga una visión tan clara de su lote de responsabilidades y una decisión tan rotunda de prescindir del Gobierno respecto de recursos cuando las obras sociales no admiten dilaciones. Conozco Chile y no he visto en ninguna parte como aquí a un Municipio hacer la grandeza de la ciudad, como un monumento piedra a piedra, multiplicar los servicios, hacer llegar su acción a todas partes y no sólo en forma de autoridad, sino de cooperación cálida. He visto alcanzar su influencia hasta mi pequeño Liceo. En la persona de su Presidente ha oído sus quejas sobre la vergüenza de nuestro local y, celoso de la salud de las niñas, ha mandado sus obreros que me han entregado salas habitables. Un Liceo es del pueblo. Debe saber éste de las escaseces que sufre y debe conocer también el origen de sus adquisiciones. En vez de mandar una nota diciendo mi gratitud, la derramo, con estas palabras, entre vosotros.

He encontrado en Punta Arenas todo lo que el señor Gobernador del Territorio anunciara antes de mi viaje. Me pintó una ciudad en pleno desarrollo, con dirigentes que responden a cualquier iniciativa, surco ancho y ávido para cualquier simiente honrada, una colectividad que confiaría en mí y me ayudaría. He encontrado la ayuda prometida que ya se me está dando sin énfasis, y la confianza por la cual se me entrega la Escuela que inauguramos. Me pintó una clase obrera con ansias de cultura. Si la he querido y la he buscado en pueblos en que es inactiva e ignorante hasta lo vergonzoso, ¿cómo no he de amarla aquí si se acerca a mi casa escolar y viviré con ella la intimidad de la enseñanza, que anuda tan apretadamente las almas, porque es un cambio cálido de ternuras y de conocimientos! Me pintó el señor Contreras, un profesorado secundario y primario rodeado del respeto del pueblo, conquista lógica de sus méritos, y he encontrado este ambiente de respeto y hasta de cariño, que consuela del paisaje yermo y del rigor de la naturaleza.

Al hablar por primera vez al pueblo, creo que he debido, aun abusando de su generosa atención, extenderme en estos detalles.

Gracias a todos los que hasta hoy me han ayudado y gracias desde luego a los que me ayudarán más tarde, que serán más aún.

Haremos todos esta nueva Escuela; que se mezclen en ella las cooperaciones de simpatía, de propaganda, de recursos como los perfumes de las flores de los bosques. La obra colectiva es la poderosa, la individual lleva vida mezquina, helada y cae al primer golpe. Yo, sin Uds., no sería sino una mano trémula y ansiosa, porque la mujer, aunque sea la mujer fuerte, dura para ser vencida por los fracasos, es muy pequeña y muy pobre, si Dios no la mira, y si las almas de los hombres buenos no se tienden hacia ella como un báculo de sándalo que la ayude a llenar hasta las obras hacia donde la lleva su corazón tremolante de amor humano.

El Magallanes, Punta Arenas, 21 y 23 de septiembre de 1918